

fundada en razones de Estado, condena á verse arrancar sus hijos para darles muerte, muchas veces en su presencia (1); la mujer musulmana, al hacerse madre, no se ve privada totalmente de los derechos y de las dulzuras de la maternidad.

Mas esta suavidad que el islamismo ha introducido en las relaciones entre el hombre y la mujer, sólo se debe al Cristianismo. El mahometismo, segun observa Leibnitz, no es otra cosa en el fondo que una secta cristiana nacida del arrianismo, en la que el Salvador, segun las instrucciones del mismo Mahoma, es considerado como *el representante de la bondad divina en la tierra, que ha enseñado á los hombres el camino de la sabiduría*. En el Coran se trata de la gran Mujer María, hecha Madre de Jesus por la virtud de Dios, sin dejar de ser Virgen, así como de otras doctrinas tomadas del Evangelio. Los musulmanes honran á Jesucristo como á un profeta, y á su Santísima Madre como á una gran Reina del cielo y de la tierra, y cuando se ven en algun peligro recurren á su proteccion. Desde luégo se conoce que estos restos de las verdades cristianas, aunque mezclados con tantos errores, deben necesariamente ejercer una influencia benéfica en el espíritu y en el corazon de los musulmanes, y suavizar sus costumbres, á la manera del sol, que aunque descienda bajo el horizonte, continúa derramando su pálida luz crepuscular sobre la tierra, que lo ha perdido de vista. Por consiguiente, así como es imposible que el conocimiento, aunque alterado, del misterio del Verbo de Dios hecho Hombre no realce al hombre, de la misma manera es imposible que el culto y la invocacion de María, Madre de Jesucristo, no realce á la mujer y le concilie de parte del hombre alguna consideracion y respeto. Así, pues, donde quiera que la mujer no cristiana goza de la más pequeña ventaja en su posicion social, debe esta ventaja á la secreta influencia de las tradiciones de los misterios cristianos, á la accion dulce y omnipotente del Cristianismo.

(1) Esta es la costumbre observada tambien en la China y en el Japon, de hacer morir á todos los descendientes varones en línea colateral, de la raza Imperial. Viviendo Mahmoud, padre del Sultan actual, la hija á quien más amaba, sintiéndose encinta de resultas de su matrimonio, se envenenó para librarse del dolor de ver dar muerte al hijo que diera á luz. Se refiere que la sultana Saliaha, otra hermana de Abdoul-Medjid, casada con Ali-Pachá, habiendo visto estrangular por orden de su hermano al hijo que acababa de parir, se volvió loca y murió de desesperacion el año de 1843.

Así es como el misterio de la Encarnacion y el de la maternidad de María han contribuido á realzar la mujer.

§ XVI.—Tercer medio por el que ha mudado el Cristianismo la condicion de la mujer; el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia.—El matrimonio no es el tipo de esta union, sino que esta union es el tipo del matrimonio, de la dignidad y de la grandeza de la mujer.

El misterio de la Iglesia no ha contribuido ménos á la rehabilitacion de la mujer. San Pablo, en su Epístola á los de Efeso, se expresa de este modo: «Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos como al señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, así como Jesucristo es la cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Luego así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar sometidas en todo á sus esposos. Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á la Iglesia y se ofreció por ella para santificarla, purificándola con el agua, unida á la palabra de la vida, á fin de que apareciese ante Él gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa alguna desagradable; sino que fuese santa é inmaculada. Así, pues, los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama á sí mismo, y ninguno aborreció jamas su carne, sino que la alimenta y la cuida; así es como Jesucristo obra respecto á su Iglesia, porque nosotros (que componemos la Iglesia) somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto se dijo que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer y serán dos en una misma carne. *Este sacramento es grande*, digo, en Jesucristo y en la Iglesia. Cada uno de vosotros debe, pues, amar á su mujer como á sí mismo, y la mujer debe tener un temor reverencial á su esposo.» (*Ephes.*, v.) Este pasaje, á pesar de expresar la más grande sencillez y la mayor ternura, es magnifico y sublime, y digno del gran talento de San Pablo, el apóstol que mejor conoció los misterios de Jesucristo.

Ya sabemos que Dios formó la primera mujer, no de la cabeza del hombre, para que no se creyese superior al hombre; no de sus piés, para que el hombre no se creyese con derecho á despreciar á su mujer; sino de su costilla, para que supiese que la mujer es su compañera y su igual, formada de la misma carne, y que, por con-

siguiente, debe amarla como se ama á sí mismo. El pasaje de San Pablo que acabamos de ver nos enseña que cuando Dios formó la primera mujer del hombre dormido al pié de un árbol tuvo presente á la Iglesia, que debia nacer un dia del costado de Jesucristo dormido sobre el árbol de la cruz; así como al criar al hombre unió el alma y el cuerpo en un solo compuesto, teniendo presente á Jesucristo, en quien la divinidad y la humanidad debian unirse en una sola Persona. Este pasaje de San Pablo nos enseña que en el momento mismo en que Dios obraba en figura en la persona de Adan en el Paraíso, este gran misterio de la Iglesia que debia realizar un dia en Jesucristo en el Calvario, lo reveló á Adan de tal modo, que despertando Adan de su misterioso sueño ó de su éxtasis y viendo á Eva delante de sí, exclamó: «Este nuevo sér que veo es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; por esta razon dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una sola carne», aludiendo principalmente con estas palabras al misterio de la Iglesia. Finalmente, este pasaje de San Pablo nos enseña que no porque Eva nació del costado de Adan fué por lo que la Iglesia nació del costado de Jesucristo, sino al contrario, porque la Iglesia debia nacer del costado de Jesucristo fué por lo que Eva nació del costado de Adan, es decir, que la union del hombre y la mujer no fué el tipo original, el modelo de la union de Jesucristo con la Iglesia, sino que la union de Jesucristo con la Iglesia, que debia cumplirse en la plenitud de los tiempos, fué el tipo original, el modelo de la union del hombre y la mujer al principio del mundo; en otros términos, que las condiciones de los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia no fueron establecidas con arreglo á las condiciones que Dios habia fijado para el matrimonio del hombre y la mujer, sino que las condiciones del matrimonio del hombre y la mujer fueron establecidas con arreglo á las condiciones que Dios habia fijado para los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia; que Jesucristo no se unió indisolublemente á una sola Iglesia porque Dios habia unido indisolublemente el hombre á una sola mujer, sino que Dios unió indisolublemente el hombre á una mujer porque Jesucristo debia unirse un dia indisolublemente á la Iglesia; que la unidad y la indisolubilidad de los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia no fué una consecuencia de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio del hombre y la

mujer, sino que la ley de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio del hombre y de la mujer es una consecuencia de la unidad y de la indisolubilidad de los *desposorios* de Jesucristo con la Iglesia; y en fin, que la union de Jesucristo con la Iglesia no es un gran misterio porque representa la union del hombre y la mujer, sino que la union del hombre y la mujer es un gran misterio y un *gran sacramento* porque representa la union de Jesucristo con la Iglesia; ésta es la significacion de aquellas sublimes palabras de San Pablo: «El matrimonio es un gran sacramento en Jesucristo y en la Iglesia.»

San Juan Crisóstomo se llenaba de admiracion en este bello y magnífico pasaje, en el que San Pablo, ó más bien el mismo Dios, propone á los esposos por modelo de su union la union inefable de Jesucristo con la Iglesia. Él se llenaba de admiracion al ver la sublimidad de esta doctrina y su eficacia para espiritualizar un acto que hasta entónces habia degradado el sensualismo. «¿Cómo, dice él, segun esta doctrina de San Pablo, no ha de ser el matrimonio un gran sacramento? Ved esa doncella cristiana, encerrada hasta ahora en la casa que la vió nacer, entregándose ella misma á un hombre á quien jamas ha visto y amándole desde el primer dia como á su propio sér. Ved á ese jóven que se une á ella, á pesar de que era extraña para él, y la prefiere á todos sus amigos, á todos sus parientes y aun á sus mismos padres. Ved esos mismos padres, á quien no quitariais impunemente la más mínima porcion de sus bienes, y que, sin embargo, se dejan quitar sin disgusto y aun con placer su hija y sus tesoros. Considerando todas estas cosas, considerando este gran acto, por el que dos jóvenes esposos, dejando sus propios padres, se unen de la manera más íntima y forman una sociedad más perfecta que la que puede resultar del trato más familiar y más antiguo; considerando que no es dado al hombre inspirar un amor semejante, que prevalece sobre todas las afecciones más profundamente arraigadas en el corazon, sino que este sentimiento no puede tener otro autor que Dios, dijo San Pablo: «Este sacramento es grande.» Pero añadió lleno de admiracion: «Es grande en Jesucristo y en la Iglesia.» Nada es más cierto que esto, porque el esposo deja á su padre para unirse á su esposa, como Jesucristo dejó el trono paterno para unirse á la Iglesia. Así, pues, este sacramento es verdaderamente grande aun á los ojos de los

hombres; mas cuando se le considera como que tiene su tipo en Jesucristo y en la Iglesia, no se le puede dejar de mirar como una cosa milagrosa y á propósito para absorber toda nuestra admiracion.» (San Joan. Chrysost., t. III, *Laus Maximi et Quales ducendæ sint uxores.*)

Esta doctrina de San Pablo ha revelado, por consiguiente, unas relaciones absolutamente nuevas entre el marido y la mujer; relaciones que ni el paganismo ni la filosofía conocieron ni pudieron conocer; relaciones misteriosas, sagradas y divinas, que hacen del matrimonio una cosa misteriosa, sagrada y divina, *un gran sacramento*, que, elevando el matrimonio al más alto grado de dignidad y de grandeza, le han impreso un carácter de santidad, de pureza y de integridad que no tiene ni puede tener en los pueblos que no tienen una idea de estas inefables relaciones, y cuyos ojos, fijos en la voluptuosidad y en la carne, no pueden elevarse lo bastante para ver en el matrimonio los encantos del pudor y los vínculos del espíritu. Mas esta elevacion del matrimonio, de una cosa puramente terrena, de un contrato civil que era, á una cosa celestial, á *un gran sacramento*, es principalmente en honor y en provecho de la mujer. Por esta doctrina apostólica, que la Iglesia recuerda á los esposos en el dia de su matrimonio, aprende el cristiano á no ver en su mujer más que á la Iglesia, y la mujer cristiana aprende á no ver en su marido más que á Jesucristo. Por esta doctrina de San Pablo aprende el cristiano á amar á su mujer como Jesucristo ama á la Iglesia, y la mujer cristiana venera á su esposo como la Iglesia venera á Jesucristo. ¿Y cómo la mujer, á quien el misterio de la Iglesia hace tan grande y tan noble á los ojos del hombre, puede ser despreciada por el hombre, esclavizada por el hombre y hacerse el juguete de sus caprichos y el innoble instrumento de sus pasiones? Tanto más que, como hemos oido de boca de San Pablo, y segun la doctrina y la creencia constante y universal del verdadero Cristianismo, el matrimonio entre los cristianos, por lo mismo que representa la union de Jesucristo con la Iglesia, es un verdadero sacramento y un gran sacramento: *Sacramentum hoc magnum est, dico ego, in Christo et in Ecclesia*. Esta circunstancia contribuye tambien mucho á elevar y á afirmar el matrimonio cristiano y las condiciones de la mujer. Permitásenos, pues, detenernos en ella algunos instantes. La esposa cristiana en particular no podrá ménos de agradecerlo.

§ XVII. — Cuarto medio por el que el Cristianismo ha elevado á la mujer: el *sacramento del matrimonio*. — Teología católica sobre los sacramentos. — El matrimonio ha sido siempre un sacramento. — Diferencia entre el antiguo y el nuevo sacramento del matrimonio. — Grandeza y gloria que este sacramento da á la mujer.

La palabra *sacramento* tiene una doble significacion: unas veces significa una cosa oculta, un secreto sagrado, un misterio, y otras un signo de santificacion. Tomado en este último sentido el sacramento en general, no es otra cosa que un SIGNO SENSIBLE, SAGRADO, DE LA GRACIA SANTIFICANTE, INSTITUIDO, DE UNA MANERA PERMANENTE, POR EL MISMO DIOS: *Signum sensibile, sacrum, gratiæ sanctificantis, permanentè à Deo institutum*.

Se llama un *signo sensible* de una cosa insensible ó espiritual, porque siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, no puede conocer cosa alguna sino por el concurso del alma y del cuerpo. Luego así como en el orden natural, despojando los fantasmas de los cuerpos, que se presentan al alma por medio de los sentidos, es como ella forma las ideas ó los conceptos puramente espirituales (1), de la misma manera, en el orden sobrenatural, es necesario que los dogmas y los misterios de la religion se le presenten bajo símbolos corporales. «Si fuerais un sér incorpóreo, nos dice San Juan Crisóstomo, os hubiera dado Dios sus dones (como lo hizo con los ángeles) de una manera simple é incorpórea. Pero encontrándose en vos el alma unida al cuerpo, debió presentaros bajo formas sensibles áun las cosas puramente inteligibles» (2).

Esta necesidad ha sido conocida por todo el género humano; porque los hombres se han representado siempre y en todas partes las cosas espirituales é invisibles bajo formas materiales y visibles, y se han formado sacramentos falsos cuando han negado los verdaderos sacramentos. De modo que no ha habido ni habrá jamas religion alguna sin ceremonias exteriores, sin una liturgia, que no es

(1) Esta es la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre las ideas, que nosotros hemos expuesto en el primer volumen de nuestras *Conferencias*, y en la obra *Del origen de las ideas y de los fundamentos de la certeza*.

(2) «Si incorporeus esses, nuda, incorporea tibi dedisset ipse dona; sed quoniam anima corpori conserta est, in sensibilibus intelligibilia tibi præbet.» (Homil. 83, in *Matth.*)